

Cuentiembre

gloria galán mon



Capítulo 1

Me perdí en mi ciudad, no es extraño en mí, desde que nací ando perdida. Fui un bebé perdido hasta que me rescataron mis progenitores, cortando el cordón umbilical que me retenía en un mundo acuoso y onírico.

Me perdí también en el colegio, tras un malvado libro de matemáticas. De allí no me rescató nadie, conseguí escapar gracias a Tom Sawyer y otros amigos como él.

Anduve perdida entre un trabajo y otro, amigos y enemigos, encuentros y desencuentros amorosos, hasta que te conocí a ti.

Entonces me encontré por fin y fue un tiempo feliz, hasta que me dijiste adiós. Salí a buscarte por la ciudad y como es natural, también me perdí.

Ahora me busco en el reflejo de los escaparates, en el estanque del parque, y en las copas que me sirven en algunos bares.

Pero me temo que volveré a encontrarme hasta que de nuevo nuestras sombras vuelvan a ver juntas el amanecer.

Capítulo 2

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE-EL LABERINTO

Mientras dudaba qué camino tomar, vio a Dani a su izquierda y eso le hizo decidirse, cuando dio la vuelta a la esquina se encontró con su reflejo multiplicado por tres-¡Mierda, era por el otro lado! ¡Qué asco de laberinto!-Renegó mentalmente mientras deshacía el camino.

Al llegar al punto anterior tomó el camino de la derecha y el pasillo se abrió ante él con miles de Jorges reflejándose a ambos lados. Le vino a la memoria la última vez que había estado allí con su padre y su hermano. En algún momento ellos habían desaparecido de su vista y el miedo le embargó y le hizo correr alocado por los pasillos del laberinto de los espejos, hasta que chocó con una pared de cristal y la sangre comenzó a manar de la ceja. Al escuchar sus gritos desesperados una familia que se encontraba muy cerca acudió en su ayuda y consiguieron sacarle de allí. En la salida su padre y su hermano le esperaban y tuvo que aguantar la crítica siempre feroz de su progenitor- ¡Es que eres un mariquita hijo mío, no tienes arreglo.

Menuda sorpresa se llevó años después cuando Jorge le confirmó lo que siempre le había recriminado -Papá, mamá, tengo algo que decirles y espero que me comprendáis. Soy gay -Naturalmente no le comprendieron y aunque su madre después de muchos lloros y recriminaciones le había, sino comprendido, sí aceptado, su padre no había vuelto a dirigirle la palabra.

Su vida se parecía mucho a aquel maldito laberinto, siempre dando vueltas para todo sin encontrar la salida, hasta que alguien le ayudaba a salir, como Ernesto, su profesor de Taekwondo. Le caló después de la segunda clase, cuando coincidieron en la ducha y se dio cuenta de las miradas de soslayo que Jorge dirigía a su muy bien dotado aparato. Cuando terminó de vestirse y salió a la calle, Ernesto estaba esperándole y le invitó a una cerveza. En el bar al que fueron, de una forma muy delicada le espetó que creía que el Taekwondo no era lo suyo, y que si lo que deseaba era estar cerca de otros hombres había otros medios. Jorge le agradeció la ayuda de la única forma que supo y durante dos años él fue su guía para todo.

Ahora era Dani quién le guiaba, pero no de la misma forma que Ernesto. Aquel había sido un guía paciente, cariñoso, amable, y Dani en cambio, era violento, sarcástico, cruel. En este mismo momento estaba jugando con él, intentando no quedar a su alcance para que Jorge le suplicara que le esperara, que le ayudara a salir.

Iba pensando en todo ello mirando el suelo cuando al torcer la siguiente esquina se topó con Dani-¡Eres un lento chico, venga vamos a salir ya de aquí! -Le dijo cogiéndole del brazo y tirando de él hacia la derecha.

Jorge se soltó con un pequeño movimiento y le contestó -No, es por aquí -

Y sin mirar si le seguía torció hacia la izquierda encontrando la salida a su nueva vida.

Capítulo 3

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE - CRISIS

Mariano sabía que aquello era una conspiración. El mundo se había confabulado contra él, no era posible que tuviera tanta mala suerte. Mientras los del 112 empujaban apresurados la camilla donde se encontraba, él elevaba al altísimo todas las letanías que poco a poco se abrían paso entre sus recuerdos.

-¡Ave María Purísima, que no le hayan avisado por favor! ¡Padre nuestro que estás en los cielos... no me hagas esto!

Pero ni Dios ni las santísimas vírgenes estaban a su favor, e igual que el rugido de un tsunami se impone a todos los demás ruidos, la voz de su mujer comenzó a escucharse entre todas las de Urgencias.

-¡Ay mi Mariano ¿Dónde está? ¡Quiero verle! ¡Que se me muere, por Dios!

Un enfermero le señaló la camilla y Mariano quiso morir en ese preciso momento. Rosita se abalanzó sobre él y le cubrió de mil besos. Cuando terminó de llenarle la cara de babas se dio cuenta de la mujer que acompañaba a la camilla.

-¿Y ésta quién es Mariano?-Preguntó mosqueada.

Él hizo un gran esfuerzo por perder el conocimiento, pero como ya he dicho, los hados estaban en su contra y lo único que le permitieron fue tragar la saliva que se le agolpaba en la garganta.

¡A mí no me mire señora, que yo no tengo la culpa!-Contestó la doña -Él me pidió un completo y en ello estaba cuando le dio la crisis asmática.

Capítulo 4

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE - MARENOSTRUM

Tiró la carta por el acantilado, la vio revolotear agitada por el viento y caer con suavidad en la pequeña cala desierta.

Se enfadó consigo mismo ¡Cómo podía ser tan estúpido! ¿Tanto trabajo le hubiera costado romperla en mil pedazos y dejar que se los llevara el aire?

Ahora, cualquier imbécil de los que iban por allí a practicar submarinismo, podría coger la carta y enterarse de todo. ¡Maldita sea!

Mientras pensaba en recuperarla vio una figura que surgía de la zona más cercana a la montaña y se dirigía hacia la orilla.

¡Qué no la vea! exclamó, pero la suerte estaba en su contra aquel día y vio como la figura se agachaba y recogía la carta.

La imaginó leyéndola y sintió que le hervía la sangre.

Él sabía donde comenzaba el camino que llegaba hasta la cala, esperaría allí y recuperaría la carta.

Lo malo es que para conseguirlo tendría que dejarse ver.

Sólo había una solución. Sacó la navaja del bolsillo y emprendió el camino.

Llegó a la pequeña cala donde aquel desconocido seguía leyendo la carta. Se acercó con lentitud por detrás, y al llegar a su altura, con un pequeño movimiento hundió la navaja en el omóplato del hombre, que únicamente exhaló un pequeño suspiro antes de caer a la arena.

Pasó unos minutos contemplando la figura inmóvil del hombre, después se agachó y recogió la carta. Mientras volvía a leerla, las lágrimas asomaron a sus ojos y maldijo su suerte.

Fue hasta la orilla del mar y se sentó sin importarle que las olas lamieran sus caros zapatos. Los últimos rayos del sol cegaron sus ojos y le trajeron recuerdos de otro mar, mucho más frío que éste.

Un mar cruel, traidor, asesino, como él. Un mar gélido, que les daba de comer pero que a la vez robaba lo más querido; recordó a su padre, un curtido pescador que acompañaba al maldito dios del mar desde hacía más de treinta años. Su muerte fue la que hizo que él abandonara ese mar por un país rodeado de montañas, tan frías como las aguas donde se bañaba de niño.

Y en vez de surcar los mares viajó en automóviles de lujo, comió sobre manteles de hilo, y bebió champán en los zapatos de las zorras que su

jefe le regalaba.

Había hecho bien su trabajo, todos los trabajos que el gran mamón le había encomendado. Hasta éste último lo había ejecutado con la perfección de todos.

Aunque había sido muy fácil terminarlo, sólo tuvo que enseñarle los dos billetes de avión para ver en sus ojos la aceptación.

También fue fácil convencerla de bañarse por la noche en la playa. El agua estaba aún caliente, dejaron la ropa cerca de la orilla y corrieron de la mano hasta ella. Le hizo el amor, con furia al principio, para terminar con una dulzura que ella no esperaba, y después mientras descansaban en la arena, su mano recorrió su esbelto cuerpo hasta llegar al cuello, donde se cerró hasta que dejó de respirar. No pudo mirarle la cara hasta que llegó al borde del acantilado y antes de dejarla caer volvió a besar sus labios.

La carta cayó de su bolso cuando lo lanzó al mar. Con extrañeza leyó las palabras dirigidas al viejo bastardo, la fría despedida que le dedicaba.

Después la dejó caer, pero el viento caprichoso la llevó hasta aquella cala y a aquel estúpido que la recogió.

Sin darse cuenta apartó las lágrimas de sus ojos, y se levantó. Se quitó la ropa sin prisa y se dirigió hacia las olas.

Al entrar un escalofrío recorrió su cuerpo, el agua ya estaba fría pero no tanto como la que él odiaba. Nadó hasta que se sintió cansado, y después se dejó ir hacia las profundidades, hacía el trono donde el viejo dios le esperaba

Capítulo 5

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE - RENCORES

Abrí el libro por la página 42 y allí estaba. En la quinta fila aparecía mi nombre y al lado el de mi madre biológica. Sentí una extraña emoción al leerlo, no sabría decir si era felicidad o más bien odio, puede que fuera una mezcla de ambas.

Bien, ahora sabía que Luisa Fernanda Bartoldi era la mujer que me había parido y la que me había vendido al matrimonio Gustaff hacía diecinueve años.

Salí del viejo hospital y me dirigí hacia mi casa. Al llegar al jardín vi a Greta mirando por la ventana. Antes de llegar a la puerta, ella ya había abierto y sin darme tiempo a entrar me preguntó:

-¿Ya lo has conseguido? ¿Ahora eres más feliz?-Su voz tenía un pequeño tono histérico.

No la contesté y entré en casa, derrumbándome en el sofá de cuero negro del salón. Ella se sentó a mi lado y me cogió la mano.

-Oscar espero que ésto sea el final, ya sabes quién es ella, no necesitas nada más-Su afirmación titubeaba y la miré fijamente.

-Quiero saber más, quiero comprender porque una mujer vende su hijo a unos desconocidos. Quiero saber como la conocisteis, cómo se fraguó todo-Le dije con tranquilidad.

Ella apartó su mirada y se levantó del sofá, acercándose al bureau de mi padre. Sacó una llavecita y lo abrió.

Volvió hacia mí y me ofreció un pequeño libro-¿Qué es?-Le pregunté con temor.

-Es el diario de Luisa, cuando se marchó me lo entregó y me dijo que quizá algún día tu querías leerlo.

No tuve fuerzas para recriminarle que no me lo hubiera dicho antes. Lo cogí y lo contemplé. Un pequeño libro rojo con letras doradas, con un cierre dorado también.

Sin abrirlo se lo devolví-¿No vas a leerlo?-Me preguntó sorprendida.

-No, aún no. Prefiero seguir odiándoos a los tres un poco más.

Capítulo 6

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE - CONSECUENCIAS

Mi padre siempre fue un culo inquieto. Empezó varias carreras y no acabó ninguna, no estuvo más de dos años en los trabajos que consiguió, y creyó encontrar a la mujer de su vida en cinco ocasiones. Era aprendiz de mucho y maestro de nada, pero todo eso cambió cuando nací.

Yo fui el único vástago de sus múltiples relaciones y cuando tuve la edad suficiente para entenderlo me contó, que cuando me vio por primera vez entre los brazos de mi agotada madre, sintió que en toda su vida no había hecho nada tan perfecto como yo.

Por eso cuando se dio cuenta que aquel niño dulce y obediente había desaparecido, para dejar paso a un vociferante adolescente, que descargaba su ira en lo que se le ponía por delante, tomó una decisión. Ahora viene todos los sábados a verme, me ayuda a comer y después me da un paseo por el jardín, y siempre, cuando se despide de mí me dice: Hijo mío, lo hice por tu bien. Igual que un granjero, que no tiene más remedio que arrancar las espigas enfermas para evitar que su cosecha se pierda. ¿Verdad que lo entiendes?

Y yo le digo que sí con la mirada, y cuando ya sus pasos retumban por el pasillo, saco de debajo del colchón el cuchillo que escondí y en su filo veo reflejarse la sangre derramada de mi padre.

Capítulo 7

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE-LOTERIA

Cuando entró en casa, yo estaba en la cocina preparando la cena. Me extrañó que no diera un portazo como siempre, y que no voceara ¡Ya he llegado! como siempre. Estas dos nuevas pautas en su conducta habitual, me hizo sospechar que algo extraño ocurría.

Asomé la cabeza por la puerta del salón y le ví sentado en el sillón mirando, sin ver, la televisión encendida.

Me acerqué hasta él y puse una mano en su hombro. "¿Qué te pasa?" le pregunté preocupada. "Siéntate" me contestó sin mirarme, lo cual me preocupó aún más.

"Dime lo que sea, pero dímelo ya" le exigí con el corazón en un puño. La mujer interrumpió la confesión para mirar al comisario que escuchaba sin perder palabra- "No pude evitarlo señor comisario. Cuando me dijo que tenía acertados todos los números de la bonoloto, y que ¿Qué iba a hacer él ahora? ¡Qué como ahora era rico, tendría que votar al PPI ¡No tuve por menos que darle con la sartén!

Capítulo 8

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE - VUELO

Vuelo, estoy volando
por encima de ti.
Te veo allí abajo
buscándome con desespero.
Y me río feliz

Vuelo y el viento juega conmigo,
como si fuera un delfín.
Mientras vuelo
el sol se despide por fin,
y en su lugar
me deja a la luna, tersa y brillante
recién maquillada.
Riéndose de ti.

Vuelo, y mientras vuelo,
al fin soy libre
Libre de ti.

Será un vuelo corto
los sanitarios ya están aquí.
Durará el vuelo
lo que tarden en volverme en mí.

Mientras, tú esperas
desesperado, por fin.
Temes que estropee tu juego
que no vuelva a vivir.

No temas,
tu juguete está a salvo,
ya puedes continuar jugando.
Mi vuelo llegó a su fin

Capítulo 9

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE - EL BAÑO

El domingo era el día del baño para todos; El primero que se bañaba siempre era el padre, la madre llenaba la gran tina de hierro, con agua humeante, que previamente habían traído de la fuente del pueblo Myriam y ella.

Después, estiraban la manta de la cama de matrimonio y tapaban al padre mientras se desnudaba. Reuben tiraba de un lado y su madre de otro. La madre miraba abiertamente como se desnudaba su marido, Reuben volvía la cara, mientras el padre se introducía en la tina con cuidado, entonces el chico volvía a la Torá y la madre enjabonaba el rostro de su esposo, y le afeitaba cuidadosamente, procurando no tocar la perilla canosa.

Tras el afeitado, el padre se frotaba con un cepillo, y después de un rato, volvían a taparle con la manta y se secaba vigorosamente.

El siguiente era Reuben que no estaba mucho tiempo a remojo, no quería encoger, decía siempre sonriendo. Le seguía Myriam, que demoraba un poco más, y luego la madre se encargaba del pequeño Jonás. La última siempre era ella, cuando se introducía en la tina, el agua estaba ya más que tibia. Se quedaba poco rato, sobre todo en invierno.

Hoy también era domingo. El primer domingo allí, echaba muchísimo de menos a Aaron y a Reuben. Menos mal que la niña y el pequeñín estaban con ella. No sabría si hubiera resistido si le hubieran quitado a todos.

Dos soldados entraron gritando "¡Vamos, vamos, todos afuera! Sarah tomó en brazos a Jonás, le dio la mano a Myriam, y salió presurosa.

En el patio decenas de mujeres y niños esperaban temblando de frío y miedo. Les hicieron formar una fila de dos y los condujeron hacia un edificio.

Sarah se fijó que salía humo de la chimenea. "¿Dónde vamos mamá? Le preguntó su hija. Sarah negó con la cabeza "No lo sé mi vida".

Los soldados empujaban a los niños que se quedaban rezagados. Uno de ellos les animó a andar más deprisa "¡Venga que os vais a dar un baño calentito!"

"¡Un baño mamá!" exclamó alegre Myriam. Y su madre la miró y sonrió.

"¡Un baño chiquitín! Le dijo al oído a Jonás.

Entraron ilusionados al edificio. Los guardias cerraron la puerta tras ellos. Dos quedaron vigilando la puerta, y al rato uno de ellos le ofreció un cigarro al otro.

Mientras los encendían con una única cerilla, uno de ellos miró al cielo. Negras bocanadas de humo ennegrecían la tarde.

"¡Esto ya está! Volvamos a preparar otra tanda para el baño" .Y lentamente deshicieron el camino.

Reuben miraba el mar desde el acantilado mientras sentía como un olor penetrante inundaba sus fosas nasales. Un olor nuevo para él, como casi todo lo que le ocurría desde hacía unos meses. Había descubierto cosas nuevas y todas le habían producido dolor, menos el mar y su olor. El viento le mecía mientras lloraba en silencio. Recordó las últimas palabras que su padre le dijo antes de que se lo llevaran "Hijo se fuerte, aguanta. Tienes que vivir por mí, tienes que encontrar a tu madre y a tus hermanos"

Se limpió de un manotazo las lágrimas y murmuró "Los encontraré, papá".

Un pequeño ratón trepó por la pierna del muchacho que dio un respingo alarmado. Tenía los nervios a flor de piel, cualquier movimiento extraño hacía que su mano se dirigiera a la cintura donde llevaba escondida la pistola.

La pistola.... Le repugnaba y al tiempo la amaba. Sin ella no habría conseguido llegar hasta allí, a ese acantilado del mar Báltico, cercano al campo de Stutthof, del que había escapado la noche anterior.

Egmont Gantz tenía 19 años, cinco más que Reuben. Era un muchacho fornido, con el cabello casi blanco y grandes ojos azules, un ario por derecho propio.

Recordaba el día en que se puso el uniforme por primera vez, el orgullo de su padre al mirarle, y la tristeza en los ojos de su madre. Recordó también el ruego que le hizo cuando se despedían de él en la estación "Egmont, no seas cruel con nadie. Son seres humanos como tú, como yo..." La miró con extrañeza, pero su madre sabía de lo que hablaba, y temía por su hijo, tan rubio, tan alemán, con esa pizca de sangre gitana que nadie conocía, sólo ella. La sangre de su abuela rumana.

Casi había llegado al campo, amparado por las sombras de la noche, cuando vio cerca de la alambrada un cuerpo tumbado. El vello de su cuerpo se erizó de miedo, no por lo que pudiera hacerle aquel pobre desecho, sino porque si los descubrían, no sólo las consecuencias serían funestas para el prisionero, también lo serían para él por abandonar su

puesto.

Se acercó con sigilo al fugitivo y cuando la distancia entre ellos se acortó lo suficiente para atraparlo sin ruido, pisó una rama seca y el sonido hizo que el muchacho tumbado se volviera.

Al verle, sus ojos negros y enormes se abrieron cómicamente y de un salto se levantó y empezó a correr. Egmont también corrió, agachado, intentando que sus compañeros del otro lado de la alambrada no le vieran.

Él era fuerte y ágil y el muchacho débil y más pequeño. Sacó la pistola y cuando le tenía al alcance de la mano, saltó y de un empujón le tiró al suelo, cayendo él también, y con él su pistola.

Al incorporarse distinguió al muchacho que le apuntaba con ella, arrodillado en el suelo. Las manos le temblaban, y Egmont intentando mantener la calma le habló.

"Vamos, deja la pistola. Será peor para ti. Si la dejas ahora, puedo conseguir que no te castiguen demasiado. Sólo unos días incomunicado y luego podrás volver con tus compañeros".

El chico le miró, bajó la vista hacia la pistola y volvió a mirarle. Lo último que vio Egmont fue la sonrisa de Reuben.

Capítulo 10

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE - ¡MACHO, MACHO, MEN!

Desde el sillón puedo ver a las niñas jugando en el jardín, persiguen a los perros que ladran como locos esquivándolas, son dos trastos terribles mis pequeñas gemelas, y yo, ya no estoy para entretener a dos niñas hiperactivas de seis años, así que cuando no las resisto más, las mando al jardín a buscar tréboles de cuatro hojas. ¡Bendita inocencia! Ellas se pasan un rato buscándolos hasta que se cansan y entonces van a por los perros, Nerón y Adolf, mis terribles pitbulls, que se vuelven dos cachorritos con las nenas. No me da ningún miedo dejarlos solos con ellas, están muy bien entrenados, mi dinero me ha costado para que si alguna de las niñas levanta el dedo índice, los perros se sienten y no se muevan hasta que se lo vuelvan a indicar.

No soportaría tener un animal sin entrenar, igual que nunca he soportado que ninguno de mis hijos, ni de mis mujeres se salieran del tiesto, bueno, no es del todo cierto. Las gemelas hacen conmigo lo que quieren, la dulzura de mis niñas hace que me muestre blando con ellas. ¡Si me viera Alicia! No podría creer que lo primero que hago al levantarme sea ir a su habitación y ver como duermen. Cuando estábamos casados me reprochaba que no dedicara tiempo a nuestros hijos, aunque yo creo que les dediqué el suficiente, todos han salido como yo quería, los tres mayores militares de alta graduación, aunque ninguno ha llegado a mi posición. Y las dos chicas casadas, pero que muy bien casadas, y Alfonso el pequeño de misionero en Perú.

Alicia era una pesada, y además llorona, todo el santo día quejándose porque no pasábamos juntos los fines de semana, porque no le daba permiso para ir al club con sus amigas, porque los niños estaban demasiado lejos estudiando. Menos mal que aprobaron la ley del divorcio, lo único bueno que hicieron esos gilipollas, sino aún tendría que estar aguantando sus lágrimas.

Me costó mis buenos duros la separación, pero los di por bien perdidos tras conseguir ser de nuevo libre y poder casarme con Carol, aunque bien mirado, podría haber seguido con ella sin pasar por el juzgado, a ella no le hubiera importado seguir siendo únicamente mi amante, y a mi me hubiera salido más barato el segundo divorcio. Los primeros años fueron un mar en calma, porque ella nunca exigía nada, siempre estaba dispuesta para mí, y todo lo que yo hacía o decía le parecía perfecto. ¡Qué más podía desear! Una mujer bonita, diez años más joven que yo, fecunda y que bebía los vientos por mí. Pero todo cambió cuando comenzó a ir al psicólogo, empezó a discutir mis decisiones sobre los críos, a querer venir conmigo a todos los sitios, y cuando se enteró, aún no se cómo, que me estaba beneficiando a su sobrina se volvió una bruja sin sentimientos.

Se marchó y se llevó a nuestros tres hijos a los que no he vuelto a ver desde entonces, hace ya casi diez años, pero a cambio me dejó a su sobrinita, Lucía, la madre de mis gemelas. Por cierto ¿Dónde estará? Ya debería estar de vuelta, hace más de cuatro horas que se marchó al salón de belleza, y me dijo que no tardaría, que cuidara a las nenas y que cuando volviera tendría un premio para mí. Ya se cual va a ser mi premio, siempre lo llama así. Creo que debería tomarme ya la viagra para que cuando llegue me encuentre preparado, no quiero que piense que ya no puedo satisfacerla.

Mira que es tonta, se ha dejado el móvil en casa, estoy oyendo su musiquita machacona. ¿Pero dónde lo habrá dejado? Por el salón no está, ni en la cocina aunque suena cerca. ¡Ya se, en el trastero! Voy a bajar a ver si está ahí.

¡Se va a enterar el jardinero cuando le vea! Le he dicho que arregle la luz del trastero. Tendré que bajar con cuidado no me vaya a romper algo, pero... ¡aquí hay alguien! Se oyen susurros. ¿Estarán las nenas aquí? ¡Se lo tengo prohibido!

¡Dios mío, no puede ser! Mi Lucía con el puto jardinero ¡Les mataré! Voy a por mi revolver, y les mato.... ¿Qué me pasa? No puedo respirar bien, y este dolor en el brazo. No debería haberme tomado la viagra.

Capítulo 11

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE - ODA AL CONDÓN

Están guardados en la funda de mis gafas
esperando impacientes
cumplir su cometido.
Desde que los compré
sabían su destino
pero los hados no han querido que sean sacrificados.
Yo los miro de vez en cuando con cariño
pensando en los lindos que se verán
cuando cubran casi por completo
la predestinada carne desnuda.
Parecen fríos, desagradables
pero solo es su imagen.
En el fondo cuando están en su ambiente
se vuelven cálidos y dulces,
pendientes de su misión salvadora.
Estoy empezando a cogerles cariño,
pero no voy a sufrir cuando lleguen a su ocaso

Capítulo 12

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE - MALDICION

Yo nací maldito, eso decía mi madre cuando harta ya de mi, me agarraba por las orejas y me tiraba al jergón. Yo me hacía un ovillo mientras ella calmaba su furia azotándome con el vergajo, hasta quedar agotada. Nunca iba al río con mis amigos, no quería que vieran los verdugones que tenía en el cuerpo, no quería que supieran que era un cobarde que se dejaba pegar por una hembra. Bastante tenía con que todos me llamaran bastardo o fill de puta. El que suponía que era mi padre, Pedro Ruiz, era el boticario del pueblo. Digo, suponía, porque mi madre nunca me lo dijo, pero sus ojos eran del mismo color que los míos, y su pelo tan encrespado y rojo como el que me cubría la testa.

Andaba yo por los trece años cuando mi madre me vendió a un buhonero, que vino al pueblo a vender sus baratijas y abalorios. Mi madre intimó con él, como con casi todos los varones que andaban cerca de ella, y una noche después de retozar en el jergón, oí como mi madre le decía que cuando pensaba partir, él le contestó que en un par de días alzaría el vuelo.

Entonces ella le dijo que me llevara con él -Es un zagal listo, te vendrá bien; sabe trabajar duro, ya me he encargado yo de ello y además puede prepararte un buen plato de gachas. Te lo doy por veinte maravedises.

-¿Y para qué necesitas veinte maravedises tu?- Le dijo riendo el buhonero.

-Para comprar un vestido para la fiesta del patrón y algunos amuletos, y si me sobra un tonelillo de vino dulce.

-Veinte maravedises, eh. Trato hecho, me quedo con el zagal. Me vendrá bien una ayuda.

Así, unos días más tarde partí con el buhonero, con tan solo los harapos que llevaba sobre la piel, y sin que mi madre derramara una lágrima al despedirse de mí.

Viajamos hacia el norte durante varias semanas. Al llegar cerca de León, Munio que así se llamaba el buhonero, cambió algunas de sus baratijas por una camisa y unas calzas de lana y unas botas usadas de cuero para mí. Dijo que no quería que me muriera de frío, por lo menos antes de dos años, para compensar el gasto.

Munio me trataba mejor de lo que nunca lo hubiera hecho mi madre.

Nunca me azotó sin razón y me daba de comer lo mismo que él comía. Yo estaba agradecido a mi amo y señor.

Tras pasar León nos dirigimos hacia tierras asturianas, y ya cerca de Oviedo, nos salieron al paso unos caminantes. Al principio nos parecieron peregrinos de viaje santo, pero al acercarse a nosotros, Munio se dio cuenta que eran asaltantes.

-¡Ojo Nuño! -me dijo- Toma. Y me tendió la navaja que usaba para cortar

las hogazas de pan. Yo me quedé alelado mirándola hasta que los hombres se dirigieron a nosotros voceando. Entonces me la guardé debajo de la camisa.

Los asaltantes llegaron hasta nosotros y se encararon con Munio, pidiéndole lo que llevaba. El se resistió y uno de ellos le atizó con un garrote. Cayó al suelo sin pronunciar una palabra. Rebuscaron en sus bultos, y el que había golpeado al buhonero me miró, yo estaba temblando -¡Eh zagal, ¿Era tu padre? Negué con la cabeza, y el hombre se echó a reír.

-Ahora eres libre muchacho. Puedes irte por tu camino o venir con nosotros. No tendrás una vida tranquila pero será mejor que la que tenías. Mientras ellos emprendían la marcha, yo me quedé atrás pero algo me hizo seguirles, al principio varios pasos detrás, al poco caminaba a su lado.

No hay tiempo ahora para relatar mis andanzas junto a ellos, escribo estas letras desde un calabozo de la alcazaba de Gormaz, donde espero la hora de encontrarme con el Señor... o tal vez sea con el diablo, con quien tenga que jugarme los cuartos. Lo mismo me da acabar mi maldición con cualquiera de los dos.

Capítulo 13

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE - LA CAJA

Cuando mi padre volvió, yo tenía ocho años y una imagen creada de él a través de los recuerdos de mamá. Todas las noches, cuando iba a acostarme, ella me seguía para comprobar que cumplía los ritos diarios, lavarme los dientes, dejar la ropa recogida, rezar mis oraciones...

Después de la comprobación se sentaba al lado de la cama y me iba enseñando el álbum de fotos, y comentándome dónde se habían hecho y lo que estaban haciendo en aquel preciso momento. Yo no salía más que en unas pocas, casi todas eran de ellos dos, antes de mi llegada a este mundo.

Así me aprendí de memoria todas las descripciones de mamá, y sabía por ellas, que papá era un muchacho apuesto que la enamoró cantando canciones de Elvis. Que era muy trabajador, dulce y cariñoso con nosotros, y muy amable con el resto del mundo.

Por eso, cuando él regresó con nosotros, pensé que mamá me había mentido a lo largo de esos años, porque el hombre que conocí, era totalmente distinto al de sus recuerdos.

Lo primero que hizo al llegar a nuestra casa, fue prohibirnos abrir una pequeña caja de madera lacada que llevaba grabado un dibujo, que a mí me pareció un monstruo, y que años más tarde y gracias a Bruce Lee, comprobé que era un dragón.

Mamá vivió algunos meses aferrada al convencimiento de que todo volvería a ser como antes. Que papá se levantaría de la cama, en un día no muy lejano, y se acercaría a ella para abrazarla y volver a decirle, te quiero. Yo también lo esperaba, aunque no lo echaba de menos. Mi relación con él no existía. Procuraba no estar cerca suyo cuando volvía de la escuela, y en consecuencia, tampoco tenía con mi madre la complicidad de antes, y eso, sí que lo echaba de menos.

Las esperanzas de mi madre se rompieron, cuando una noche papá volvió con unas cuantas copas de más, y cuando ella se lo reprochó, él contestó con un bofetón.

Dos meses más tarde papá abandonó la casa, con el petate de soldado colgado del hombro y la caja tallada en el bolsillo del gabán. Y no volvimos a tener noticias suya hasta hace unos meses, cuando llegó una carta de servicios sociales notificándonos su muerte.

Tuve que ir hasta Baltimore para reconocer su cuerpo y recoger sus efectos personales. Entre ellos estaba la cajita del dragón.

Cuando llegué a casa, mi madre esperaba la confirmación, sólo le abracé y ella rompió a llorar. Me sentí incómodo porque no sabía cómo consolarla, así que la dejé en el sofá, y fui a mi habitación.

Allí abrí la caja y encontré varios documentos, una medalla al valor y la fotografía de una mujer y una niña, ambas de rasgos asiáticos. Y una

carta, para mí.

En ella descubrí a mi verdadero padre, ese muchacho dulce y cariñoso, ese muchacho que nos amaba pero que también amaba a su otra familia.

En ella me contaba que la caja que ahora tenía entre sus manos, se la había hecho aquella mujer, y que en ella había metido el retrato para que con su amor le protegiera de todo mal.

En la carta también me pedía que buscara a su hija, mi hermana, y le entregara otra carta que había para ella y el amuleto de su madre, para que también la protegiera .

Con la bendición de mi madre partí de mi país hace unas semanas rumbo a Hanoi. Ayer, por fin, conseguí localizar a Thi, y hoy la he conocido.

Hablamos de ese padre, que ninguno de los dos tuvimos, y le entregué la caja con el dragón tallado. A cambio ella me regaló otra caja lacada con una mariposa grabada, y dentro una fotografía de una mujer con un bebé en brazos, ambos norte-americanos.

Capítulo 14

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE - UNA DEL OESTE

La hormiga atravesó con rapidez la desértica calle buscando con desesperación un lugar donde refugiarse del sol de plomo que caía sobre el poblado. Cuando se encontraba a punto de llegar a los tablones que formaban un camino sin polvo, una bota refulgente acabó con sus esperanzas.

El hombre vestido de púrpura no supo que acababa de sesgar un vida, aunque, si lo hubiera sabido tampoco le habría importado.

Entró al saloon abriendo las puertas batientes de un fuerte empujón, el ruido hizo que los parroquianos sentados en la barra y las mesas observaran al recién llegado. Varios de ellos, al verle, calaron sus sombreros hurtando su mirada.

El hombre de púrpura observó con desdén y se acercó a la barra con lentitud, recreándose en él mismo. El barman puso en la barra un vaso y lo llenó de líquido dorado antes siquiera que el vaquero llegara hasta él. El hombre de púrpura tomó el vaso y lo apuró de un solo trago, después miró al barman y éste volvió a llenar el vaso, con tan mala suerte que sus manos temblorosas dejaron derramar unas gotas de whisky, que salpicó la manga de la camisa púrpura.

-Lo siento, no volverá a pasar-farfulló el barman asustado.

-Tenlo por seguro-le contestó el hombre de púrpura sin mirarle.

Se dio la vuelta acodándose en la barra y levantando un poco el ala del sombrero ojeó a su alrededor. Su mirada se posó en una mesa donde cuatro jugadores apostaban sus pagas con mayor o menor fortuna.

Uno de los jugadores le devolvió la mirada, y el hombre de púrpura notó dentro de sí un sentimiento hacía tiempo olvidado.

Tomó su vaso y se acercó con su andar pausado a la mesa, se paró y cuando los jugadores interrumpieron la partida y le miraron, sonrió y dijo:

-Me gustaría jugar.

Un jovenzuelo con la cara llena de acné, imprudente gracias a su edad, le

contestó:

-La partida está completa, hombre.

Una bala cortó en dos la sonrisa arrogante del muchacho, mientras el hombre de púrpura le contestaba:

-Ya no.

Apartó el cuerpo caído con sus botas centelleantes y se sentó a la mesa, mientras se repartían los naipes el hombre de púrpura miró a su izquierda y sonrió de nuevo.

-Te sienta bien el Stanton, pero me gustas más sin él-dijo, haciendo ademán de quitarle el sombrero.

Una mano cuarteada pero de dedos largos y elegantes, frenó la suya. Con rapidez la mano del hombre del traje púrpura actuó como una garra apresándola, y con la otra de un golpe certero arrancó el sombrero dejando al descubierto un rostro femenino

-Sigues tan guapa como siempre, aunque más vieja-le dijo sarcástico.

-Es lo normal después de diez años ¿No crees?-Le contestó ella.-Pareces muy sorprendido de verme.

-Si lo estoy, creí que habías muerto junto a tu padre, cuando incendiarnos el rancho-contestó el hombre del traje púrpura mientras acariciaba su rostro-Parece que eres dura de pelar.

-Eso parece. Te he echado de menos, aunque te odie. Aún recuerdo las noches estrelladas en el rancho ¿Y tú?-Le dijo acercando su boca a la mejilla del pistolero.

-Si lo intento, puede que lo recuerde. Estoy seguro de que podría recordarlo si me acompañas arriba-dijo dando un pequeño tirón a la muñeca de la mujer y acercándola más a él.

-Claro-dijo ella en un susurro-Deja que recoja el sombrero y guíame.

La promesa de sus ojos hizo que el hombre del traje púrpura soltara a su presa, y se dirigiera a la escalera. Cuando comprendió lo que significaba ese "clic" tan conocido para él, la bala ya le había atravesado el corazón

Capítulo 15

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE - ¡PUTA FISICA!

-¿Se va a sentar?- La mujerona se aprieta contra Javier mientras le hace la pregunta, Intentando no dejar ni un pequeño resquicio por donde pueda colarse cualquiera de los que están cerca.

-¿Qué? ¡No, no, siéntese usted!- Contesta Javier sobresaltado y le deja sitio para que pase.

Mientras la mujer se esfuerza por colocarse bien el vestido, que se le ha quedado arrugado al sentarse, Javier la mira sin verla abstraído en sus pensamientos que siguen en Carmen. La imagina allí, arropada por las sábanas, esas sábanas tan blancas y rasposas; blancas como las paredes, como el propio rostro de Carmen, y el sentimiento de culpa vuelve a cubrirle por completo.

Y comienza a hacerse los mismos reproches que lleva haciéndose desde hace dos meses, cuando tuvieron el accidente y Carmen no despertaba, no abría los ojos, por más que él la llamaba-¡Carmen, cariño, abre los ojos! ¡Ya viene el 112, Carmen ¡Por Dios abre los ojos de una puta vez! Pero Carmen no le escuchaba, y siguió sin escucharle en la ambulancia, donde el sonido estridente y machacón de la sirena se metía hasta el último poro de la piel. Y siguió sin abrirlos en urgencias, ni en la UCI, ni ahora, en esa habitación tan blanca.

Y él no sabía qué hacer, como ayudarla a que volviera. Los médicos decían que había posibilidades para que saliera del coma. Una enfermera bienintencionada le había comentado que algunos pacientes respondían a la voz de las personas cercanas a ellos. Pero Javier había agotado sus palabras y cuando entraba en la habitación, lo único que hacía era tomar su mano y esperar, y pensar y echarse la culpa de todo.

-Si no hubiera ido tan deprisa... si hubiera obligado a Carmen a ponerse el casco. ¿Por qué no la hice caso, deberíamos haber ido en metro. ¡Los viernes hay tanto tráfico!

Javier sale de su ensimismamiento y se da cuenta que ha llegado a su parada. Baja deprisa y se dirige a ese odiado hospital. Hasta llegar a la habitación se cruza con varias enfermeras que le conocen. Una de ellas, la más amable y simpática, se para y le saluda.

Parece algo nerviosa y Javier le pregunta con miedo

- ¿Pasa algo? -La enfermera le da un apretón en el brazo y sonríe

-El doctor Jiménez quiere hablar contigo-¿Pero, es algo malo? Pregunta Javier alterado-Tranquilo Javier, es sobre el resultado de unos análisis, no te asustes, no es...-dice con duda-...malo.

Javier le da las gracias y entra en la habitación. Se acerca a la cama y besa con suavidad la frente fría de Carmen, como siempre ella no responde al beso. Media hora después aparece el doctor Jiménez acompañado por otra doctora que Javier no conoce. Con renuencia se acerca a ellos y les pregunta

- ¿Qué ocurre, qué pasa con esos análisis?

-Javier, no te alteres. El estado de tu mujer en general es el mismo, ya te hemos dicho que es muy difícil que salga del coma y que deberías estar preparado para lo peor. Pero ha surgido algo que no esperábamos. Una enfermera notó que el abdomen de tu mujer estaba muy duro y nos lo comunicó. Decidimos hacerle una ecografía, para descartar una oclusión intestinal y comprobamos que está embarazada. No te voy a engañar, no entiendo como no nos hemos dado cuenta antes, ha sido un fallo garrafal.

Javier atónito no sabe que decirle al médico y farfulla algunas palabras ininteligibles. Los dos médicos se deshacen en explicaciones sin sentido y después salen al pasillo, dejando a la pareja solos.

Se sienta en el incómodo sillón que está al lado de la cama, y mira a su estática mujer. Se inclina hacia ella y posa con suavidad la cabeza en su vientre y no sabe por qué, se le viene a la cabeza la señorita Claudia, la profe de física en COU, cuando les explicaba las leyes de Newton, esa que dice que todo acción tiene su reacción. Y recuerda la noche, en la que después de haber estado con sus amigos ahogando sus penas en alcohol, fue a visitar a su mujer y la borrachera unida a la soledad que sentía, le llevaron a tumbarse en su cama, a besar sus labios resecaos, a buscar una respuesta a sus caricias, y la oscuridad y el silencio del hospital hicieron el resto.

Capítulo 16

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE - MATEO (I)

Mateo se relamía mientras contemplaba las delicias expuestas en el inmaculado escaparate; bombas de nata, pepitos de crema, palmeras glaseadas, suspiros de monja, huesos de santos y sus preferidas, lenguas de gato. Inconscientemente tragó la saliva que se agolpaba en su boca, y hurgó con los dedos en sus vacíos bolsillos esperando tal vez un milagro, encontrar una moneda, con que fuera de diez céntimos sería suficiente.

Pero como era habitual no había nada, así que suspiró y arrimó la nariz al cristal mientras veía como doña Alicia le hacía aspavientos detrás del mostrador.

Mateo la saludó con la mano pero ella frunció el ceño y salió del mostrador llegándose a la puerta de la confitería.

-¡Niño! ¿No ves que estás manchando el cristal? ¡Anda quita de ahí!-Le dijo a la vez que le empujaba.

El niño trastabilló y con una sonrisa triste contestó a la dueña -¡Si no he puesto los dedos doña Alicia!.

-Con lo sucio que estás no hace falta que pongas los dedos para manchar el vidrio-Una voz conocida contestó tras él.

Mateo cerró los puños con fuerza y se volvió, allí estaba Adolfo el hijo de la confitera. riéndose de él.

-No estoy sucio-Replicó. Sus ojos eran dos pequeñas rendijas chispeantes, escondidos entre los párpados apretados. La ropa de Mateo estaba manchada de hollín, cuando salía de la escuela iba a ayudar al señor Ramón el carbonero del pueblo. Todos los lunes su madre le daba la ropa limpia, pero cuando llegaba la noche ya estaba manchada, y así se quedaba hasta el domingo, que era cuando su madre le daba la ropa de domingo y aprovechaba para lavar la sucia.

-Anda Adolfo, vamos dentro-Dijo doña Alicia tomando la mano de su hijo-Te he dicho que no quiero que te juntes con esos rojos.

Mateo sintió un fuego muy dentro de él que no sabía como apagar. Dio media vuelta tratando de no llorar, y su pie tropezó con una piedra. Lentamente se agachó a recogerla y con ella en la mano apuntó a

la cabeza de Adolfito.

El alguacil llevaba a Mateo cogido del cuello y de vez en cuando le zarandeaba. En uno de los zarandeos, sonrió y le dijo.

-¡Jodío chico! ¡Mira que romperle el vidrio a doña Alicia, tu has salío a tu padre!.

Mateo pensó que no sabía a quién había salido, no recordaba a su padre más que por el retrato de boda que tenía su madre en el aparador, donde su madre de pie y con la mano en el hombro de su padre, se sujetaba la barriga con la otra. Era muy joven pero ya muy vieja, su padre parecía más joven que ella con un traje que le quedaba pequeño, porque era de su hermano Tano, que era aún más bajo que él.

Mateo se acercaba al retrato y miraba a los ojos dulces de su padre y le preguntaba-¿Dónde estás tu, eh? ¿Por qué no escribes? ¡Que yo se leer!

Su padre marchó al frente cuando su madre estaba preñada de él, y volvió un año después de terminar la guerra, durante ese tiempo estuvo en un campo de concentración. Mateo tenía dos años cuando él volvió y cinco cuando un día se levantó y su padre ya no estaba allí. Cuando le preguntaba a su madre, ella suspiraba y se ponía triste, y si insistía comenzaba a llorar, entonces su hermano Higinio le sacudía.

Pero aún así le gustó que el señor Damián dijera que había salido a él.

El ánimo del chico estaba entre el miedo a lo que le podría pasar y la satisfacción de ver las caras de Adolfito y su madre cuando el cristal se rompió en mil pedazos.

Llegaron al ayuntamiento y el alguacil le hizo entrar al despacho del alcalde y le mando quedarse a un lado.

-¡Mire lo que traigo, señor Alcalde! El muy bribón le ha roto el cristal a la marquesita-dijo rascándose la boina.

El miedo y la satisfacción de Mateo dejaron paso al orgullo, cuando el alcalde le miró y exclamó-¡Coño, el hijo del maqui!

Capítulo 17

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE - MATEO (II)

Después de aguantar la bronca de su madre y los pescozones de su hermano, Mateo entró en la habitación y se dirigió a la fotografía del aparador. Allí mirando el rostro travieso de su padre comenzó una conversación con él.

“Así que eres un maquis, ¿Eh? Se lo que es un maquis, porque lo leí en un bando que había en la puerta del ayuntamiento, y luego me fui a casa del boticario y le pregunté.

Al principio no quería decírmelo, decía que eso eran cosas de mayores, pero le insistí tanto que al final me lo contó”-Le dijo a su padre con el orgullo rebosando por todos sus poros.

Su madre asomó la cabeza por la puerta y le gritó “¡Mateo! ¿Qué haces ahí? Ven ahora mismo a cenar, aunque te tenías que acostar con las tripas sonando ¡Menudo disgusto que m’as dao! “El chico miró otra vez la fotografía y encogiéndose de hombros, salió de la habitación.

A la mañana siguiente despertó con una idea en la cabeza, pero no dio muestras de ello durante el tiempo en que tardó en comerse un mendrugo de pan mojado con aceite, darle un beso a su madre y salir hacia la escuela. En vez de tomar el camino hacia la plaza, dio la vuelta a su casa y entró al corral. Desde la puerta espío los pasos de su madre, vio como apagaba el hornillo de la cocina, tomaba la cesta y salía a la calle. Como de costumbre no cerró la puerta y cuando la vio torcer la esquina, regresó a su casa.

Entró en la habitación de su madre, sacó la fotografía del viejo marco de madera, rebuscó en los cajones del aparador hasta encontrar dos pesetas escondidas, y fue a la suya donde cogió una muda limpia y los zapatos del domingo, unos buenos y duros zapatones que antes habían sido de su hermano. Cuando ya iba a salir recordó algo, se sentó a la mesa y escribió una carta, cuando terminó la besó y la dejó allí.

Tomó el camino de Higuieruelas, el pueblo enclavado al pie de la montaña. Caminaba por la carretera, pero cuando veía alguna silueta en lontananza la abandonaba y se metía en los campos. Unas horas más tarde llegó a su destino y con impaciencia buscó la senda que subía a los montes. En la subida notó fresco y se regañó por no haberse llevado algo más de abrigo. Al llegar al puerto del Alto escuchó voces cercanas, y corrió a esconderse entre los árboles. Una pareja de la guardia civil asomó por la curva y

Mateo sintió miedo. Si le descubrían ¿Qué les diría? Pensaba en ello cuando notó un tirón en la pernera del pantalón. Miró asustado y vio un chucho que le mordía mientras tironeaba de ella. Intentó espantarlo moviendo la pierna con brusquedad pero el perro no lo dejó. Era un cachorro y tenía ganas de jugar. Mateo le soltó una patada, y el chucho se retiró lloriqueando, y después comenzó a ladrar, él intentó que se callara pero el perro ladró con nerviosismo y Mateo oyó un grito "¡Quién va!" La pareja se acercaba y el chico salió corriendo mientras detrás de él sonaba una orden "¡Alto! ¡Alto a la guardia civil!".

Siguió corriendo, volviendo la cabeza para comprobar la distancia que le separaba de ellos, y entonces tropezó con una rama y cayó al suelo. Los civiles llegaron hasta él antes de que pudiera levantarse,

Durmió en el cuartelillo y a la mañana siguiente su hermano fue a recogerle, no le dio ningún sopapo, sólo le dijo "El tío Pascual m'a dejao el burro, así que andando".

Hasta divisar la entrada al pueblo, Higinio no le volvió a hablar "No vuelvas a asustar a madre nunca más o te mato, bastante ha tenido ya". Mateo se revolvió incómodo y contestó a su hermano "Quería encontrar a padre, luchar con él en los montes".

La espalda de Higinio se puso tensa "¿Padre? Mateo, padre murió en la cárcel hace dos años. No te dijimos nada porque eres un crío, madre no quería que sufrieras".

Callaron ambos, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Al llegar a su casa, la madre estaba esperándolos. Mateo bajó del burro, y con la cabeza gacha se dispuso a enfrentarse a la bronca, pero su madre le abrazó muy fuerte y besó su frente.

Cuando entraron en la casa, la madre tomó el puchero y lo puso sobre la mesa. Se sentaron a ella, y cuando iban a empezar a comer, Mateo se levantó y dijo "Ahora vengo".

Entró en la habitación de su madre, sacó la foto que llevaba escondida en el pecho y con cuidado la introdujo dentro del marco tumbado en el aparador.

Miró a su padre y le dijo "No estás muerto, que yo lo sé. ¿Verdad que no? ¡Espérame allí donde estés! Algún día te encontraré.

Capítulo 18

Capítulo 19

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE - EL BAR DE LA CALLE SIETE

Nos pasábamos el día en el bar de la calle Siete, en cuanto salíamos de clase dirigíamos nuestros pasos a aquel garito mal iluminado y aceptablemente pringoso. El master nos recibía con un gruñido de aceptación y una coca cola para ambos.

Normalmente agarrábamos la coca y nos íbamos al pin-ball, donde introducíamos una moneda de cinco centavos, que casi siempre, nos daba para estar jugando hasta las siete, que era la hora fijada para volver a nuestro "hogar, dulce hogar".

Max, el dueño del bar, era un tipo versátil, lo mismo arreglaba las cañerías, casi siempre atascadas del retrete, que te ganaba el sueldo del mes en cuatro manos de póker. Debía rondar por los setenta, o eso pensábamos nosotros, que cuando se trataba de adivinar la edad de alguien, si tenía más de veinte, era considerado como un anciano. De vez en cuando contaba con la ayuda de su hija Cam, una mujer que no nos dirigía la palabra nunca, y que siempre estaba apoyada en el mostrador resolviendo crucigramas.

Teníamos dieciséis años, la cara llena de acné y unos picores insoportables en nuestras partes bajas. Todas las mujeres nos parecían deseables, a mí, hasta la madre de Howard hacía que me empalmara, así que Cam no fue una excepción, es más, la considerábamos muy atractiva, quizá porque no nos hacía ningún caso.

Una tarde de finales de primavera, Howard tuvo que ir al médico. Se fue renegando a la consulta, odiaba que interrumpieran nuestra aburrida monotonía, y aunque entonces no lo sabíamos, a partir de aquel día, su monotonía se trasladaría a una habitación del hospital Saint James hasta que le llevaron al Good Nigth Seminary un año más tarde.

Así pues aquella tarde me encaminé al bar de la calle siete yo sólo, un poco asustado, ya que era la primera vez que iba allí sin la compañía de Howard. Entré al bar cegado por la luz resplandeciente del final de la tarde, y cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra del local, solo vi a Cam comiendo en una de las mesas del fondo.

No quise molestarla pidiendo la bebida habitual así que me acerqué al pin-ball y metí la moneda de cinco, dispuesto a consumir la hora que me quedaba para volver a casa. Cuando me disponía a lanzar la primera bola noté el perfume ácido de Cam, miré hacia mi izquierda y allí estaba ella, contemplando mi forma de jugar.

-¡Hola chico! -Me dijo sin una sonrisa- ¿Y tu amigo?

-Ha ido a la consulta del médico -Farfullé mientras notaba un calor insoportable en mi cara.

-¡Qué casualidad! Mi viejo también ha ido a que le echen un vistazo. ¿Hoy

no quieres la coca?- Me preguntó mientras se dirigía al mostrador.

-Si, por favor -Le respondí dejando que la bola se colara.

Ella sacó una botella, la abrió, y esperó a que yo la recogiera. Me acerqué al mostrador para cogerla y volver a la máquina, pero ella me agarró la mano, y me dijo:

-¡Anda quédate a charlar un rato conmigo! Llevo toda la tarde sola y estoy muy aburrida.

-Cuéntame algo.

Me disponía a contarle las mismas cosas que le decía a mi madre cuando me hacía esa misma pregunta, pero antes de que de mi boca saliera la primera palabra, ella me la cerró con su lengua. Me quedé petrificado, primero por la sorpresa y segundo por el sabor que noté en la boca cuando ella movió la lengua dentro de mí.

La empujé y salí corriendo del bar, y seguí corriendo hasta que llegué a la sinagoga de mi barrio. Antes de entrar me detuve a pensar como contarle a mi rabino que había pecado, porque ahora conocía el sabor del cerdo frito.

Capítulo 20

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE - CAZADOR

Beltrán se subió el cuello del abrigo, no le hacía falta pero lo hizo de todas maneras. El viento gélido de esa madrugada de Febrero no le afectaba pero se había acostumbrado a copiar los gestos de los demás para pasar desapercibido y así lo hizo en ese momento.

Miró a ambos lados de la calle y no vio a nadie apetecible. Parejas entrelazadas, grupos de amigos, ningún alma solitaria que necesitara su agradable compañía.

Decidió bajar a la Puerta del Sol, por allí pululaban muchachos y muchachas en busca de clientes. Aunque prefería que sus compañías no fueran profesionales, si no había más remedio como parecía que iba a ser esa madrugada, tendría que aceptarlo.

Paseó por la Puerta del Sol mirando aquí y allá, buceando en los ojos que se cruzaban con los suyos, sin encontrar la chispa que necesitaba, así que encaminó sus pasos hacia Huertas.

Al llegar allí comprobó que aquello estaba como siempre, hasta la bandera. Gente entrando y saliendo de los pubs, voceando y riendo sin importarles que fueran las cuatro de la mañana y que los sufridos vecinos de la zona madrugasen a la mañana siguiente.

Delante de él, entre otros, iba un grupo de chicas. Las siguió sin muchas esperanzas hasta que pararon delante de uno de los pubs. La puerta se abrió dejando salir a dos chicos y a una música estridente, que hirió sus delicados oídos. "Por favor, que no entren ahí" pensó Beltrán.

Una de las chicas negó con la cabeza, y las demás la miraron extrañadas. "¿Qué pasa Toñi?" le preguntó una de las amigas. "Qué yo ahí no entro. Seguro que está Javi y no quiero verlo".

"¡Pero bueno, tu eres tonta, pues si está Javi pasas de él, como él pasa de ti!" le contestó otra de las muchachas.

"Qué no entro" respondió negando con la cabeza machaconamente. "Pues yo sí, así que ya sabéis, la que quiera que venga y si no..."

¡Muy bien, pues entrad, yo me voy a mi casa! –exclamó Toñi muy enfadada, y dándose la vuelta tropezó con "el hombre más guapo que había visto nunca" pensó la muchacha mientras le miraba extasiada.

"Vaya amigas que tienes" le dijo Beltrán con una media sonrisa.

Toñi se puso colorada e intentó defender a sus amigas "No, si son muy majas, pero es que..." Y no supo continuar con su defensa. "La verdad es que son unas guarras, me han dejado tirada como a una colilla, pero paso de ellas".

"Te invitaría a una copa, pero he oído que te vas a casa" le ofreció Beltrán sugerente.

"Yo no bebo alcohol" contestó Toñi sin saber que hacer. "Mejor" pensó Beltrán "Mas pureza para mi".

“Anda vente, vamos a ese pub de ahí abajo, ponen una música tranquila y se puede charlar sin dar gritos” le dijo el muchacho abriéndole camino. Toñi comenzó a andar a su lado, contenta porque un hombre así quisiera charlar con ella, y a la vez preocupada porque era la primera vez en su corta vida que le ocurría algo parecido.

Entraron al pub y la chica se sorprendió con el ambiente que allí reinaba. Mesas ocupadas por parejas y grupos que hablaban en voz baja, una luz tenue que surgía de pequeñas lámparas de cristal que había en los centros de las mesas, y una música que sólo había oído el día de Año Nuevo, en el concierto que invariablemente sus padres escuchaban todos los años, despertándola a ella y a sus hermanos sólo un par de horas después de haberse acostado.

Emocionada se sentó a la mesa que le indicó el muchacho, y después de pedir sus bebidas, comenzaron a charlar.

Beltrán llevaba la voz cantante, Toñi se limitó a escuchar las aventuras que le contaba y a contestar casi con monosílabos cuando le hacía alguna pregunta. Cuando la chica miró el reloj y vio la hora, dio un respingo y dijo que tenía que irse, “Mi padre me va a matar” le susurró a Beltrán.

“No creo” pensó él, mientras tragaba la saliva arremolinada en su boca.

“Te acompaño a tu casa. Paramos un taxi y en un momento estamos allí”

Toñi le miró embelesada y pensó que se estaba enamorando de él. Beltrán pagó, le ayudó a ponerse el abrigo, le abrió la puerta y al salir del establecimiento, tomó su mano. Ella sintió un escalofrío recorrer su cuerpo, en parte por la emoción y porque las manos de Beltrán estaban heladas.

En el taxi él siguió contándole anécdotas de su vida, y en un semáforo en rojo, se acercó a ella y la besó ligeramente en la boca. Sus labios estaban más fríos aún que sus manos, pero a ella no le importó y deseó que continuara, pero no lo hizo.

El taxi paró en una esquina y se bajaron de él. Toñi le guió hasta una pequeña plaza donde sólo había un par de farolas escasamente iluminadas. Se paró en un portal un tanto desvencijado y abrió la puerta, se volvió para despedirse de él, y Beltrán la besó de nuevo, ésta vez profundamente. Toñi creyó que iba a desmayarse de placer, e involuntariamente sus brazos se cerraron en torno al cuello de él.

Beltrán la empujó con suavidad sin dejar de besarla, y entraron al portal. Se dirigieron al oscuro rellano de la escalera sin soltarse, y allí el beso se volvió más apasionado.

Toñi notó las manos de Beltrán recorriendo su cuerpo, llegando hasta el cuello y acariciándoselo. Su boca se separó de la de ella y se dirigió a esa zona tan sensible entre la oreja y el hombro, ahí donde su vena más palpitaba, y mordió al principio con dulzura, pero después Toñi notó que la boca de Beltrán se abría y luego un profundo mordisco. No le dolió ni siquiera cuando notó que la sangre salía a borbotones y que Beltrán bebía ávido de ella.

Hoy es una noche cálida para ser finales de abril, la primavera parece que quiere llegar antes de tiempo. Beltrán camina solitario por Huertas, hacía varios meses que no iba por allí. Hay que darle tiempo al tiempo, no es

prudente cazar por los mismos sitios con frecuencia.

Llega hasta el pub de la música estridente y entra. ¡Quién sabe que puede encontrar allí!

Se acerca a la barra y pide una botella de agua mineral, y mientras se la sirven contempla con ojos de cazador su entorno. Un guapo muchacho le observa a su vez y sus miradas se cruzan. Coquetean así hasta que el camarero le sirve su agua, y entonces toma el vaso y se acerca a donde está el muchacho.

No le da tiempo ni a saludarle. Un energúmeno furioso le empuja contra la barra y le grita escupiéndole saliva mientras lo zarandea "¡Cabrón ese es mi novio! Cuando va a responderle siente un pinchazo doloroso debajo de las costillas, y asombrado baja la cabeza para comprobar que está sangrando, ¡Sangrando a chorros! -¡No puede ser!-piensa-¡Soy un vampiro, los vampiros no sangramos!

Mientras está en el suelo agonizando, rodeado de la gente que le contempla esperando la llegada del samur, su fino oído de vampiro escucha una conversación entre dos muchachas.

¡No vuelvo aquí, este sitio trae mala suerte! Dice una de ellas.

¡No digas tonterías, cómo va a traer mala suerte! Contesta la otra.

¡Qué no! primero lo de Toñi ¿O es que no te acuerdas que fue aquí donde estuvimos la noche que murió? Y ahora lo de este tío. ¡Yo aquí no vuelvo!.

Es verdad ¡Pobre Toñi! Ah, hoy he ido a su casa a ver a su madre, y por si no fuera poco lo de Toñi, ahora otra desgracia. El hermano pequeño está ingresado, por lo de su problema.

¿Qué problema? Pregunta la otra muy interesada.

¿Pero no lo sabes? Los hermanos de Toñi tienen una enfermedad, esa de los reyes, sí tía ¡La hemofilia! Es una enfermedad que transmitimos las mujeres pero nosotras no la sufrimos, sólo los hombres.....

Las voces de las chicas se van apagando lentamente en los oídos de Beltrán, mientras un último pensamiento surge en su cerebro "Bonita venganza, pequeña"

Capítulo 21

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE - EL INSTRUMENTO

¡Yo soy el instrumento de Dios! Eso es lo que el reverendo gritaba cuando comenzaba su sermón, mientras su rostro se encendía y sus ojos proyectaban rayos justicieros entre la concurrencia, que entre excitada y aterrada le escuchaba todos los domingos.

Tabby estaba sentado junto a su madre y sus hermanos en el primer banco, reservado para la familia del pastor. El chico odiaba los domingos casi tanto como a su padre., aunque si alguien le preguntara el porqué, no sabría contestar.

Quizá fuera porque no soportaba ver como su madre abandonaba lo que estuviera haciendo, cuando a las siete, oía abrirse la puerta y entraba su esposo en la casa. Ella solícita y temerosa le esperaba en la puerta de la cocina, con las manos juntas y un ruego en la mirada. Después cuando el padre la saludaba distraídamente y entraba en su despacho, regresaba a terminar la cena o remendar calcetines hasta las ocho en punto, cuando él volvía a salir del despacho y se sentaba en la gran mesa de la cocina, y ella se afanaba por servir lo más rápidamente posible.

O quizá fuera porque las noches de los sábados, Tabby, aunque lo intentara no conseguía dormir. Permanecía despierto, entre los ronquidos de sus hermanos, hasta que escuchaba en la habitación de al lado, los sollozos entrecortados de su madre, y los gruñidos que lanzaba el pastor. Había noches en que los gemidos de su madre, subían de intensidad y Tabby sabía que a la mañana siguiente, un moratón aparecería en su mejilla, o quizá un labio partido, que ella intentaría ocultar.

Tabby sabía, aunque nunca hubieran hablado de ello, que sus hermanos también le odiaban. Lo sabía al mirar a Noah, cuando su padre se burlaba de él. No sabía por qué, siempre conseguía enfurecer al pastor- Él chico no lo hacía a propósito, procuraba no andar cerca de él cuando se encontraba en la casa, quedarse en la habitación que compartía con sus hermanos, salir al porche a terminar sus trabajos... pero siempre había un motivo por el que su padre le recompensaba con un comentario ofensivo ¡En qué estaría yo pensando cuando preñé a tu madre! Era el más suave de ellos- Su hermano se tragaba las lágrimas y comía con rapidez, deseando poder levantarse.

Preston miraba a Tabby con una advertencia en la mirada, y tocaba la mano de Noah con disimulo, pero nunca decía nada. Había dejado de comunicarse con ellos el primer año que su padre le envió a estudiar

Teología. Quería que continuara su camino, ¡Debía continuar su camino! Era el más inteligente, eso es lo que le dijo. Preston protestó en la cena (Y Tabby pensó que su padre le mataría con una sola mirada). Él quería ser veterinario, siempre estaba ayudando a McHardy en su granja, se le iban las horas limpiando las pezuñas de los caballos, o cepillándoles. Le encantaba estar con los perros, curaba a los polluelos que caían de los nidos, los alimentaba y soltaba cuando ya podían volar, por eso protestó con inusitada energía aquella noche. La protesta acabó cuando el pastor le llevó a su despacho, y media hora después, Preston salió sollozando de allí. Un mes después, se marchó a Richmond, a un internado donde perdió la poca fe que tenía y la virginidad de su orondo culo.

Por todo ello, Tabby sabía que sus hermanos odiaban a su padre tanto como él, pero, nunca supo el motivo de Linda Lee.

Linda Lee su única hermana, dos años mayor que él, era una belleza sureña, bella como lo había sido su madre; había sido divertida desde que nació, le gustaba imitar a las actrices de los films que

su padre les permitía ver en el viejo receptor que mantenía apagado y que solo encendía una vez al mes.

Los abrazos y besos que les prodigaba acabaron cuando cumplió los trece. Tabby achacó el cambio de carácter al comienzo de la pubertad, ya que el pastor, todos los viernes se llevaba a Linda Lee a su despacho para tener, aquellas charlas, en las que le advertía de lo que le podía pasar si dejaba que algún muchacho le levantara la falda...

El caso es que ella nunca les contó porqué le odiaba, se lo llevó a la tumba una mañana, cuando dejó que la sangre fluyera de sus venas en una sucia habitación de hotel de Savannah, después de una noche de alcohol y sexo con dos marineros suecos.

En cuanto a su madre no sabía si ella le odiaba, pero el día en que los cuatro unidos como si fueran siameses, acompañaron al viejo hasta la puerta de la casa y le dejaron claro lo que le ocurriría si volvía asomar su puta cara por allí, ella se sentó en la mecedora y mirando a sus cuatro hijos uno a uno, sonrió satisfecha y les dijo "Vosotros sois mi instrumento"

Capítulo 22

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE - SILVIA

Subió al vagón del metro empujada por los viajeros que estaban tras ella y quedó encajonada entre varias espaldas y tres o cuatro rostros que reflejaban malestar. No podía ni abrir el libro que llevaba así que intentó relajarse hasta Alonso Martínez, la estación donde una gran parte de los que viajaban bajarían. Se encontraba pensando en sus asuntos cuando notó que le sobaban el culo, dio un respingo intentando separarse de aquella mano pero era imposible huir de ella. Buscó con la mirada al dueño y se encontró con un par de ojos en los que brillaba la lascivia. La mirada que le lanzó no consiguió que el tipo dejara de tocarla. Se revolvió en el sitio hasta que consiguió cambiar de lugar, sin importarle los exabruptos de sus compañeros de vagón. Hervía de rabia mientras no dejaba de mirar a aquel hombre.

El convoy llegó a Rubén Darío, y entre los que se bajaron estaba él, le siguió con la mirada hasta que llegó a las escaleras y vio como tropezaba con el primer escalón y se estampaba con los peldaños rompiéndose el puente de la nariz.

Mientras el metro proseguía su marcha y el hombre sangraba profusamente, Silvia sonreía, y seguía sonriendo cuando llegó a su estación.

Al entrar al hall de su empresa saludó a la recepcionista que la ignoró perdiéndose en la pantalla del ordenador, Silvia volvió a sentir la misma rabia que la inundó en el metro y clavando su mirada en el cogote perfecto de la mujer, musitó unas palabras.

Al entrar en su despacho oyó un grito y al asomarse al hall, vio a la joven caída en el suelo con todo su estudiado peinado totalmente chamuscado. Contuvo una carcajada cuando uno de sus compañeros acudió a ayudar a la recepcionista que hipaba entre sollozos al contarle que sólo estaba comprobando que el ordenador estaba enchufado a la corriente.

Sobre la una decidió ir a tomar un bocadillo y al salir de su despacho, se encontró con Javier acompañado de un desconocido. Javier la detuvo y le presentó al joven.

-Silvia, te presento a Amadeo, es nuestro nuevo abogado.

El joven le ofreció su mano y al estrechársela sintió un escalofrío-

Encantada Amadeo, si necesitas algo aquel es mi despacho-Le ofreció con una sonrisa deslumbrante.-Perdonad he olvidado algo-Les dijo mientras volvía a entrar.

Silvia abrió el ropero para buscar sus gafas de sol, y a través de la entreabierta puerta escuchó la conversación de los dos hombres:

-¡Está como un tren! No me habías dicho que teníamos un bellezón en la oficina, Javier.

-Sí, sí, está muy rica, pero es una bruja. Ten cuidado con ella-Le advirtió su compañero.

-Venga hombre, ¿vas a decirme que una mujer así no merece la pena?-

Contestó Amadeo con excitación en su voz-Creo que me he enamorado, macho.

Silvia se dijo que el escalofrío no le había engañado, Amadeo era el hombre de su vida. En cuanto a Javier, ya le enseñaría ella lo bruja que podía llegar a ser.

Capítulo 23

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE - DANI

Dani se despierta y mira a su alrededor y sonríe cuando ve a D. Paco, él también le está sonriendo, y el niño deshace apresurado el abrazo dulce de las sábanas para coger al muñeco sentado a los pies de su cama, luego, se sienta en el borde y mira hacia el suelo, tan lejano. Dani sólo tiene cuatro años y además es bajito para su edad, por eso la distancia que media entre el suelo y el borde de la cama le parece tan grande, y le da tanto miedo saltar como cuando se sube en el tobogán del parque y ve allí, a lo lejos, a su hermana Celia que le grita para que "Te bajes yaaa". Así que decide quedarse donde está y para no aburrirse le cuenta a D. Paco lo que ha soñado esta noche con pelos y señales. D. Paco le escucha muy interesado y se desternilla cuando Dani le cuenta que en la selva mató a un tigre que le perseguía tirándose un pedo, porque no tenía pistola. Dani también se ríe mucho y aprieta las piernecillas porque le están dando ganas de hacer pis.

Y en ese mismo instante entra su madre en la habitación, y lanza una exclamación de sorpresa, "¡Pero hijo, ya estás despierto! Si sólo he estado diez minutos fuera" Dani deja a D. Paco y se pone de pie en la cama para abrazar a su madre, y antes de que pueda contarle el sueño de la selva, ella le baja de la cama y le lleva hasta el baño, y comienza a darle instrucciones sin respiro, "Venga, anda haz pipí y lávate las manos y la cara. Yo mientras voy a llamar a papá"

Cuando sale del baño, mamá está hablando con el hombre de la bata blanca que le asusta cuando se acerca a él para ponerle esa cosa tan fría en el pecho y en la espalda. Se pone detrás de su madre y se agarra con todas sus fuerzas a sus piernas, entonces ella se desprende de su abrazo y se agacha a su altura, para besarle.

Y muy bajito le dice al oído, "Hoy tenemos una aventura nueva pitufo", y le sigue contando que Dani y D. Paco van a ir a otra habitación donde hay más niños y unos payasos que les van a contar un montón de historias, y mientras termina de decírselo, la enfermera Alicia que es la más guapa y la más simpática de todas, le coge de la mano y salen de la habitación.

Cuando están en la mitad del pasillo, mamá llega corriendo y le da su gorra de Mickey, "¡Que se te olvidaba la gorra! ¡Anda pónstela para que no se te queden fríos los pensamientos!" le dice acariciando la suave piel de su cráneo desnudo.

Capítulo 24

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE - EL MAESTRO

El maestro contempla a su concentrada alumna, que con los ojos cerrados intenta recordar todas las palabras, las mágicas palabras que conseguirán su objetivo. Despacio y casi sin mover los labios las recita:

Pulvis astrum

Pulvis Stella

Infra ubera

Travis Hummus

La alumna abre los ojos y mira el líquido burbujeante del caldero, y después al maestro con ojos desafiantes. Él le devuelve la mirada con orgullo

-Lo conseguiste, nunca he dudado de ti.

-¿Estás seguro maestro? ¿Nunca dudaste de mí?-contesta ella con sorna.

-Sabes que no, eres la mejor alumna de cuantos he tenido. Tú eres la llamada a sustituirme cuando me retire.

-Espero que ese retiro esté aún lejano, debo aprender todavía muchas cosas de ti, maestro-Le dice ella con un deje zalamero.

El maestro siente algo dentro de sí que no sabe definir, parece extraño que este hombre sabio no sepa, si lo que enciende su corazón es amor, o quizá deseo. Su alumna es una mujer muy bella, su larga cabellera llena de rizos suaves, es casi tan roja como las llamas que alimentan al caldero, unas finas cejas enmarcan el azul casi transparente de sus encendidos ojos, unos ojos que le traspasan cuando se posan en él.

-Maestro...-Su voz es apenas un susurro. Él se acerca para escucharla mejor, y el roce de su cuerpo le provoca un estremecimiento.

-Dime querida- Le invita a continuar.

-Maestro... hay dentro de mí, algo, que me dice que no me estás contando

todo lo que sabes. ¿Temes que no sepa utilizarlo?

-Creo que aún no estás preparada para entenderlo, sólo es eso-Le confiesa el maestro, pero se calla que tiene miedo, no a que no sepa utilizarlo sino a que el resultado no sea el correcto.

Ella se acerca más aún, y él siente el aliento cálido que desprenden sus palabras acariciando su entrecana barba.

-Confía en mi, por favor-le dice tomando su mano y posándola en su corazón.

El maestro no puede resistirse y acerca su boca a la de ella, que roza levemente sus labios, y él poseído por el deseo, sucumbe.

Reposan uno en el otro, encima de una suave manta de crin de caballo, ella suspira levemente, mientras las manos del maestro acarician su bello rostro, sus tiernos labios.

-Y ahora, ¡Volvamos al trabajo!-Le dice la alumna sonriéndole con dulzura-¿Me enseñarás las palabras mágicas?

Él no puede resistirse a su ruego y en voz muy baja le recita al oído el encantamiento, ella escucha atenta y se levanta rápidamente. Se acerca al caldero, toma unas hierbas de unos recipientes y comienza la letanía mientras las espolvorea.

Cuando un humo brillante comienza a emerger del caldero, él comprende su error y nota asustado como sus miembros comienzan a paralizarse y entonces grita:

-¡Morgana no! ¡No lo hagas!-Suplica mientras cae al duro suelo

Desde allí inmovilizado, la oye reír y con un esfuerzo supremo consigue levantar sus ojos hacia ella que le observa con una mirada sarcástica.

-Merlín no me has defraudado, sabía que pese a tu sabiduría y a tu edad caerías presa de tu deseo. Tu reinado llegó a su fin, ahora yo soy la más grande maga en el universo, yo Morgana Le'Fay he acabado contigo y gracias a ti acabaré también con mi querido hermanastro Arturo. ¡Gracias Merlín!

Y acercándose al postrado Merlín, deposita un beso en sus labios y con un gesto de la mano, desaparece entre una nube de humo.

Merlín llora sin lágrimas, no por haber perdido su poder sino por ver

desaparecer a la mujer que ama.

Capítulo 25

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE - LUZ

¡Y la luz se hizo!

Y al día siguiente los animales
marinos y las aves
creados por Dios
despertaron con el sol.

En el sexto día
las serpientes se dejaron
acariciar por su luz.

Las semillas iniciaron
su ascensión
y el gallo entonó
su canción.

Y el hombre se despertó,
miró hacia la gran esfera
brillante
y le dijo a Dios
¿Para cuando piensas crear
el factor 30 de protección?

Capítulo 26

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE - EL CARPINTERO

¡Pinoooo! ¡Pinoooo!-El grito acompasado de su mujer le sobresaltó e hizo que soltara el cincel con el que modelaba una de sus figuras. Se levantó del taburete a la vez que se sacudía la ropa para quitarse las virutas de madera y salió del taller.

Entró en la cocina buscando a Giovanna, pero allí sólo estaba el gato que subido a la encimera vigilaba las burbujas que salían del risotto que se encontraba encima del fuego.

Pasó por el comedor camino del patio, pero en ninguno de los dos sitios encontró a su mujer. Así que se dirigió hacia la habitación y allí estaba ella.

Se quedó atónito mientras la contemplaba, estirada en la cama con tan sólo un negligé rojo que dejaba al descubierto su espeso y rizado vello púbico.

-¿Qué haces?-Le preguntó un poco asustado.

-¿Tu qué crees?-Le dijo ella con una sonrisa lasciva-Esperándote Pino mío.

-Pero es muy temprano-Farfulló Pino, retrocediendo hacia la puerta.

Ella se incorporó en la cama y gritó-¡Déjate de tonterías y ven aquí ahora mismo!

Se acercó obediente hasta el lecho y se quedó inmóvil mientras su mujer desabrochaba los tres botones de su bragueta.

-Ven amor mío y hazme feliz-Le dijo acariciando su entrepierna.

-¡Giovanna cara! Aún no puedo-Gimió Pino-La muerte de pappa está muy reciente y mi corazón aún llora por él.

-Y que tendrá que ver el corazón con la polla, digo yo-Contestó Giovanna, ya mosqueada, mientras no dejaba de intentar alegrar a su Pinnito.

Por fin se dio por vencida, pero una idea traviesa pasó por su cabeza, y sonriendo de nuevo, agarró a su marido del cuello y acercando su rostro al frondoso monte de Venus le ordenó con un susurro apasionado.

-¡Miénteme Pinocchio!

Capítulo 27

NUEVO CUENTO

CUENTIEMBRE - LA MUSICA

Me levanto de la silla y me acerco al radiocasete, pulso el open del cd y meto el pequeño disco plateado, aprieto el play, y la rota voz de Dyango acaricia mis sentidos; me siento y espero, y un minuto después apareces tú. Silencioso te acercas a mí, y posas tus manos en mis hombros. Tus labios rozan mi cuello y me estremezco, mi boca se vuelve buscando tu boca, y nuestras lenguas comienzan a jugar, entrelazándose, mientras suena la canción.

“Sí yo fuera él, que lo tiene todo...”

Con suavidad haces que me levante y me diriges hacia la pared, allí me aprisionas y tus besos, antes dulces, se vuelven salvajes, urgentes, ansiosos. Tus manos vuelan por mi cuerpo, deshaciendo obstáculos de tela, dejando al descubierto mi temblor.

Y su canción lo dice todo.

“Hay algo en ella que me descontrola, que me vuelve loco...”

Y como queriendo darle la razón, la locura se apodera de ti, y a la vez de mi, la urgencia de nuestro deseo nos obliga, y nos hace perdernos en nuestros sentidos.

Y cuando laxos ya, aún abrazados, descansamos el uno en el otro, el teléfono nos devuelve a la realidad, recomponemos nuestro aspecto y tú te vas a tu despacho, y yo me acerco a la puerta que nos separa y escucho “A las siete, sí cariño, llegaré a la hora, hasta luego”. Y Dyango sigue cantando.

“Pero es mejor quereer, y después perdeeer, que nunca haber querido....”

FIN